

Las fuentes de la creación literaria; Diego Muñoz Valenzuela

Es un gran misterio el de las fuentes de la creación literaria, un enorme tema. Probablemente estemos condenados a no poder dilucidarlo del todo, pues lograr esa hazaña supone que seamos capaces de comprender cómo y por qué escribimos. Para responder esas preguntas solo disponemos de aproximaciones muy primarias. Entusiasma hablar acerca de un tema que me sobrepasa con mucho y que, al mismo tiempo, tiene tanta importancia para mi vida, donde la escritura es lo más trascendente, junto con la gente que quiero y aprecio.

Anterior a la propia escritura, están la literatura y la lectura literaria. Apenas aprendí a leer, me convertí en un lector profesional; en verdad no sé bien cómo expresarlo: fanático, enfermizo, metódico, dependiente, omnívoro, caótico, adicto... Después, paso a paso, sin darme cuenta, me fui convirtiendo en escritor, hasta que esa tendencia cristalizó en una condición irrenunciable e irreversible, una forma de existir. Si pongo atención a esa evolución, puedo extraer algunas claves; seguramente muy similares a las de todas/os los/as colegas.

Escribí mis primeros cuentos inspirado en historias o situaciones de la vida real. Algún hecho especial y significativo disparó el proceso de escritura; en algún momento el lápiz se tomó el control del proceso, aquello que puede llamarse “estado de flujo”, una sensación maravillosa que ansío repetir cada vez que sea posible.

De otra parte, necesité un estímulo: por ejemplo, que mi profesora de educación básica nos pidiera escribir una página cada día, que me invitaran a

participar en el diario mural de la escuela, que hubiera un concurso con un premio atractivo.

Y también requería la parte no visible del iceberg: todas esas lecturas previas que se van combinando asimilando en la mente humana de un modo misterioso, mágico, haciendo realidad la idea de Borges de que en realidad los autores y autoras escribimos un libro único, universal, infinito. Sé que cada obra que leí con placer reside en alguna parte insondable de mi conciencia y ejerce desde allí una influencia tan poderosa como invisible.

De otra parte, recorro a Juan Rulfo para explicar la escritura como el arte de contar mentiras verdaderas. No hay vuelta, los escritores somos mentirosos congénitos. Sin embargo, esas mentiras, que son un procesamiento de la realidad que vivimos, se convierten en otra cosa: una mentira que contiene la realidad original de una manera mucho más acabada, más lejana y también más cercana a ella. La literatura es una recreación de la realidad y, como toda creación, forma también parte de ella, se integra a la realidad. Hay que contar mentiras con imaginación, sin límites, con entera libertad; contar aquello que nunca ha ocurrido y construir una verdad aparente. Así daremos de lleno con la realidad. Ese es el misterio y la magia.

Para esa búsqueda de las mentiras verdaderas me ayudan las experiencias vividas y los miles de vidas y experiencias leídas, así como los diversos métodos literarios de acercamiento a la realidad que me aportan los autores precedentes y contemporáneos.

Como resultado, he recorrido el espectro de la narrativa escribiendo cuentos, novelas y microrrelatos, desde unas pocas líneas hasta centenares de

páginas. Los temas han sido diversos, desde los más terrenales a los más fantásticos, manteniendo como preocupación central la humanidad, aquello que da sentido a la literatura.

Desde mis primeros días como lector la presunta frontera entre realidad y fantasía me pareció ilusoria. Me nutrí con libros que exploraban esos territorios tan distantes y encontré que trataban de lo mismo. Una vez más, las mentiras verdaderas.

Mi literatura está poblada por una amplia galería de personajes que pueden convivir en una misma historia. Vampiros, luchadores clandestinos, policías políticos, científicos geniales, cyborgs, torturadores, dioses, empresarios, verdugos, ángeles, fantasmas, héroes anónimos y locos mesiánicos. Las tramas están compuestas por materiales aparentemente antagónicos: mitología, represión, ciencia ficción, organizaciones criminales, conspiradores tecnologizados. Creo que al final esa mezcla abigarrada la hace más real.

Vivimos en un mundo donde lo virtual –gracias a la irrupción tecnológica generalizada- alienta esta clase de conjunciones paradójicas. En mi obra conviven polos que una mente absoluta pudiera considerar excluyentes. Mis novelas de ciencia ficción no obedecen a un sentido ortodoxo purista, pues se entroncan con el neopolicial, sin dejar de ser profundamente sociales.

La dimensión social proviene de mi propia historia. Me correspondió vivir la adolescencia a fines de los años 60, cuando el mundo estallaba en esperanzas de cambios profundos. En el caso de Chile, el sueño utópico –una maravillosa

confluencia de socialismo y democracia que echaba por tierra varios dogmas-
acabó aplastado por un marasmo de sangre y fuego.

Tenía diecisiete años cuando se inició la dictadura con su carga de muerte
y terror. Me tocó vivir cotidianamente ese horror durante los siguientes diecisiete
años. Ese hecho marcó mi vida más que cualquier otro. Por eso la solidaridad,
las ambiciones, el odio, el altruismo, la venganza, el amor y el humor son
intensos protagonistas de mi mundo narrativo.

En el camino se han acumulado quince volúmenes de cuentos y seis
novelas, con reediciones en Chile y el extranjero. Varios volúmenes inéditos
esperan su turno. Pero a todos los une la misma voluntad: explorar límites entre
territorios disímiles con el material de la palabra, para narrar mentiras
verdaderas.

Abril 2022